

RECUERDOS DE ALAN WATTS

Alan Watts ha muerto. Me enteré casi por casualidad hace un par de días. Hace sólo dos meses había intentado hablar con él llamando a su casa de Sausalito, en California, pero Alan Watts estaba viajando por Europa entonces... Para todos quienes —de una u otra forma— hemos tenido algún interés o algún contacto con la llamada contracultura, Alan Watts ha tenido un interés fundamental en nuestra vida.

Alan Watts se especializó en Filosofía oriental, Filosofía Comparada y Religión, convirtiéndose, según su propia denominación, en un «divulgador de la Filosofía oriental», que en un estilo fácil y agradable de leer y, sobre todo, en una clave occidental y, por tanto, comprensible para nosotros, escribió una veintena de libros e innumerables artículos sobre la filosofía y el modo de vivir orientales.

Le conocí en California en 1968. Vivía en Sausalito, en la bahía de San Francisco, en un barrio —el muelle 5— de casas-bote. Su casa era un viejo barco redecorado y vistosamente coloreado, al que se llegaba a través de pequeñas pasarelas de madera sobre el mar que ejercían la función de calles del barrio de casas-bote. Asistí a una sesión de meditación que él dirigió, tras la cual hablé largamente con él. Recuerdo que conocerle personalmente me produjo una impresión extraña y entonces tal vez decepcionante. La lectura de sus libros me había hecho imaginar a un guru o un místico iluminado, y me encontré con alguien que, vestido con kimono, escondía bajo el mismo cigarrillos puros y ginebra, alguien cuya ingravidez de porte y delicadeza de movimientos se veían contrarrestados por una mirada profundamente maliciosa a veces y una risa lúbrica de «bon vivant». Sin embargo, en su personalidad había suavidad e inteligencia, los dos elementos más importantes de nuestro cuerpo biológico según Alan Watts, y también tenía la actitud relajada de quien entendiendo el principio taoísta de la no-acción no se esfuerza por adoptar ninguna actitud ni demostrar una coherencia.

«No debemos tratar de explicarnos la vida, debemos vivirla sin buscar más sentido a la danza que el placer de bailar; pensando que todo fluye y que nosotros no somos permanentes. Decir que la vida sólo tiene sentido si "yo" soy permanente es como enamorarse locamente de un centímetro».

(Alan Watts. «Libro del Tabú»)

La integración del universo en un todo homogéneo del que for-

«Lo mismo ocurre con la vida y con la muerte. Por ello decimos en Budismo que lo No-Nacido es a la vez lo No-muerto. La Vida es una posición en el tiempo. La Muerte es una posición en el tiempo. Son como invierno y primavera, y en Budismo no consideramos que el invierno se transforme en primavera o la primavera se convierta en verano».

(Shobogenzo, fasc. 1, citado en El libro del zen, de Alan Watts.)



Alan Watts.

amos parte es uno de los puntos básicos que trató siempre de explicarnos Alan Watts. Para él —o digamos mejor, para la filosofía oriental que él describe—, el «ego» no existe y las dualidades sujeto-objeto no son más que convenciones sintácticas. La Naturaleza no es nunca un problema, porque la Naturaleza no tiene propósito y, por tanto, no puede hallar obstáculos. Los hechos son mudos y lo único que cambia es la interpretación que de los mismos hacemos. El misterio de la vida no es un problema a resolver, sino una realidad a experimentar. A cualquier pregunta, la única respuesta es: «Observa y ve». Las palabras son convenciones, dadas previamente por la sociedad en que vivimos, una sociedad que adora lo intelectual y desprecia lo instintivo, una sociedad que intenta ser feliz complaciendo a su cerebro. Para Watts, el hombre occidental nunca se atrevió a confesarse su propia reali-

dad. Por esto, en su libro *Psicoterapia oriental, psicoterapia occidental*, Alan Watts analiza cómo el Occidente aplica la psicoterapia a la gente que considera anormal y el Oriente la aplica a las personas normales, pero nos aclara que ser anormal en una sociedad como la occidental es, en realidad, lo más normal que le puede ocurrir a alguien física y mentalmente sano. Para Alan Watts, la respuesta a la crisis de nuestra sociedad no requiere una nueva filosofía o una nueva religión, sino una nueva actitud. «La paz sólo pueden lograrla los que están en paz consigo mismos, y sólo pueden dar amor los que son capaces de amar; al igual que nadie será capaz de planear el futuro si no es capaz de disfrutar, experimentar plenamente el presente». En su libro *La sabiduría de la inseguridad*, Watts nos explica la imposibilidad de ser felices si basamos nuestra felicidad en una seguridad de futuro feliz, que, por

ser permanentemente futuro, nos impide gozar de la posible felicidad presente. La realidad, el presente es lo único que importa; por esto quizá los animales son más felices que nosotros: viven y mueren sin hacer de ello un problema, se preocupan de ahora, no del futuro ni del significado de la vida. «La vida es como un fluido». A cosas tales como la vida y la muerte les llamamos «opuestos», pero, según nos explica Watts en *El significado de la felicidad*, esta concepción implica oposición y conflicto, y la vida y la muerte sólo están en conflicto en las mentes que crean una guerra entre ambas nacida del miedo y el deseo. El hecho de que los hombres amen la vida y odien la muerte o se sientan apegados a la juventud y rechacen la vejez es similar al hecho de esperar que una moneda tuviera una sola cara o una montaña una sola ladera. Pero el universo es un todo en el que los opuestos coexisten.

En la meditación a la que hace años asistí, Alan Watts decía:

«Por esto, yo propongo el silencio y la meditación como respuesta a la crisis del mundo, porque la única respuesta es una nueva actitud en la que experimentemos, en lugar de pensar, en la que nos sintamos parte de una unidad orgánica del universo, en la que sintamos que no terminamos en nuestra piel, en la que nos definamos no sólo por nuestros amigos, sino por nuestros enemigos».

La personalidad de Alan Watts y la filosofía reflejada en sus libros han sido discutidas y criticadas porque sus ideas, indudablemente bellas, a veces son muy difícilmente asimilables o aplicables en el marco de ciertas realidades sociales con problemas primarios acuciantes. Pero para muchos, sus libros han sido fundamentalmente esclarecedores. Y su filosofía no me parece utópica cuando recuerdo que me dijo: «Las cosas reales no las enseñan en las escuelas ni en las Universidades. Hay cinco cosas básicas que deberían enseñarse: Cultivar la tierra y hacer que dé frutos. Tejer y coser nuestros vestidos. Cocinar. Construir nuestra vivienda. Hacer el amor».

Ahora, Alan Watts ha muerto, y ha muerto en el silencio y casi el olvido, como si los medios de información y comunicación del mundo hubieran aprendido su lección, como si todos hubiéramos entendido que la muerte no es más que la otra cara de la vida, que todo fluye, que la Vida y la Muerte son posiciones en el tiempo. Pero Alan Watts ha muerto. ■ MARIA JOSE RAGUE ARIAS.